

la anarquía, hubo de temer por su misma existencia. Aunque solo se trataba, al parecer, de la navegacion del Duero, cuya libertad reclamaba el gabinete de Madrid, era evidente que Espartero solo buscaba la ocasion para combatir y engrandecerse; pero los portugueses de todos los partidos rechazaron con tanto afan las intimaciones de España, que mostraron ser dignos de formar una nacion, y el peligro que amenazaba perderles sirvió para probar su vigor. Además, la Inglaterra, ofreciendo espontáneamente su poderosa mediacion, disuadió al duque de la Victoria de atentar contra la independencía de Portugal, y si bien arrogante por tan gran servicio, pidió á D.^a María la renovacion del tratado de Methuen, que solicitaba vanamente desde 1834, no recibió mas que vagas promesas, y solo á duras penas pudo obtener la accesion de la corte de Lisboa al famoso derecho de visita. Esta se opuso á ello todo el tiempo posible sin llegar á un rompimiento, y si acabó por consentir, hay que acusar á la Francia, que en vez de estimular su resistencia y de defender la libertad de los mares, no se sonrojó de humillar su propio pabellon. En el día todos los portugueses están de acuerdo en la necesidad de librar á Portugal de la ruinosa tiranía de la industria británica; ciento treinta años de miseria, dimanada del tratado de Methuen, no han sido una leccion inútil, y está tan pronunciada la opinion sobre este punto, que no hay ministerio que se atreva á no respetarla dócilmente. Inglaterra, que lo sabe, se manifiesta, empero, mas pertinaz, en el logro de su objeto.

Los cartistas triunfan en 1842.

En el mismo instante en que Portugal resistía tan honrosamente á las amenazas de la España y á las exigencias de la Inglaterra, vió abrirse una vez mas el triste campo de las revoluciones (enero de 1842). El jefe del nuevo movimiento era el ministro de justicia, Costa Cabral, antes ardiente setembrista, y entonces enteramente convertido á la Carta de D. Pedro. Secretamente apoyado por el rey (1) y por los Sres. Dietz y Drummond, que componian en Lisboa el gobierno oculto, trasladose á Oporto y luego á Coimbra, proclamando la abolicion de la constitucion

(1) Fernando de Sajonia Coburgo, segundo marido de la reina.

vigente. La reina que no se hallaba en la conspiracion, confió al punto su represion á Palmella, á das Antas y á Bomfim, pero Terceira se pronunció por Costa Cabral; Palmella permaneció inactivo, y la revolucion quedó consumada antes de que se pensase seriamente en sofocarla. Costa Cabral completó su triunfo con la promesa de que las Cortes se convocarian próximamente para revisar la Carta, y desde entonces mandó bajo el nombre del duque de Terceira, presidente del consejo. Ocioso es decir que D.^a María se adhirió á cuando acababa de reprobar, pues dócilmente sometida á la voluntad de su marido y de su confesor, nunca habia querido la constitucion, y hasta probó de destruirla dos veces en 1837.

Gobierno de Costa Cabral

Sostenido por la proteccion de la corte, por el servilismo de ambas cámaras, por la amistad de su hermano, gobernador de Lisboa, y por la benévola neutralidad de los miguelistas, para quienes era un triunfo la caída de la constitucion, Costa Cabral podia obrar á su antojo, pues era hombre que no retrocedia ante el despotismo. No contento con que la tribuna permaneciese casi silenciosa, afianzó en breve su poder con la promulgacion de tres decretos que abolian las últimas libertades de Portugal: el primero concernia á los jueces, cuya independencía destruía con su inamovilidad; el segundo entregaba los oficiales á la arbitrariedad del ministro; el tercero sometia la enseñanza á la censura y heria de muerte las Universidades. Inútil es añadir que la prensa no fué mas respetada, y que solo hubo libertad para la lisonja.

Si este despotismo, aunque doloroso, hubiese dirigido con talento los negocios del reino, no habria razon para maldecirle; pero por mas entendido y diligente que fuese Cabral, es incontes-table que nada hizo respecto del particular. En vano, en el colmo de sus apuros, resolvió recurrir á sus mismos enemigos, á quienes llamó á su casa para apelar á sus luces: este generoso paso no surtió efecto, y ni ellos ni él pudieron hallar el medio de curar los males que sufría Portugal. Por otra parte, recordemos para ser mas indulgentes, que la deuda pública ascendia entonces á mas de cuatrocientos millones; que ni siquiera podia pen-

sarse en el pago de la deuda flotante; que los gastos anuales escedían de sesenta y seis millones; que los ingresos no llegaban á sesenta, y que cada año, cada día, se agravaba la penuria de la hacienda, por mas que la marina fuese una sombra y el ejército, oficialmente evaluado en veinte mil hombres, no contase sino ocho mil. En verdad, cuando una nacion ha descendido á una condicion tan miserable, es muy ardua tarea gobernarla, y tal vez debemos agradecer á Cabral el que no desesperase, mientras por otra parte reconciliaba á D.^a Maria con la corte de Roma y continuaba rechazando las amenazas de Inglaterra y de Espartero.

Costa Cabral fué todavía mas lejos. Tiempo hacia que una de las mayores plagas de la administracion portuguesa consistía en vivir á fuerza de empréstitos, en vez de recurrirse á las contribuciones, contrayéndose aquellos ya para subvenir á los gastos ordinarios, ya para pagar los intereses, ya para amortizar deudas, con condiciones cada vez mas onerosas. Costa Cabral abrió por fin los ojos sobre este abuso, lo mostró á la reina, y aunque él mismo habia contraído veinte y tres empréstitos en tres años, quiso acabar con ellos, conociendo que semejante sistema acarrearía una ruina irreparable. Pero sea que los impuestos que estableció para abrir á la hacienda de su país las verdaderas fuentes de prosperidad, fuesen harto crecidos; sea que su sola novedad los hicieran aparecer tales, Costa Cabral no tuvo el tiempo necesario para continuar y mejorar tan gran reforma. Habia contado demasiado con su fuerza y con la razon pública, siendo así que ningun gobierno es en Portugal bastante sólido para resistir á semejante prueba.

Los setembristas tratan de derribarle (1844): su fuga.

El día en que Costa Cabral habia dado el ejemplo de la insurreccion sublevándose en Oporto y en Coimbra en nombre de la Carta, sus antiguos amigos se habian coaligado para castigarle cuanto antes por su apostasía. Sus jefes eran das Antas, Passos, Sà da Bandeira, de Loulé, y particularmente Bomfim, representante del partido mixto, apoyados en una parte de la cámara y en un gran número de sociedades secretas, formadas á causa de la opresion de la libertad.

La primera tentativa de insurreccion, hecha por Bomfim en la

que fracasó completamente, no bastó para desalentar á los enemigos de Costa Cabral, quienes tomaron solamente la resolucion de aguardar á que su número fuese mayor; desgraciadamente, gobernó el ministro con tanto rigor, que pronto no tuvo otros partidarios que la camarilla de D. Fernando y la guardia municipal de Lisboa, de que su hermano disponía soberanamente como gobernador.

Sus adversarios esperaban aquella situacion y luego que les suministró una coyuntura favorable con el decreto de otra contribucion que no podia menos de promover la cólera del pueblo, sublevaron toda la provincia del Miño, y habiéndose pronunciado en seguida otras muchas ciudades en el mismo sentido, fué imposible hacer frente á la tempestad. Seis días bastaron para esta revolucion; Costa Cabral no se atrevió á quedarse en Portugal á merced de sus enemigos, y huyó á España con su hermano, el gobernador, pretextando una licencia que la reina le concediera por un año. En tanto recogian su poder aquellos á quienes poco antes desterrara y despojara.

D.^a Maria derriba á los setembristas; vuelta, poder y caída de Costa Cabral.

Costa Cabral habia mandado cuatro años, y luego que sus adversarios se posesionaron de la autoridad tuvieron que combatir otra contra-revolucion, nacida en el mismo palacio de la reina, que en breve tuvo por auxiliares á la Inglaterra, á la Francia y á la España. Bomfim y sus amigos no lucharon, empero, con menos brio, y no apelaron en vano á los liberales; pero ¿qué hacer contra las fuerzas considerables de que la corte disponia, á las que prestaban su apoyo moral tres grandes potencias, aguardando la hora de una accion mas eficaz? Ni el valor de los liberales, ni la eleccion que hicieron de gefes inteligentes, entre ellos del tío de la reina y del marqués de Loulé, pudieron sostenerles con ventaja. Al principio se habia pensado en pronunciar el destronamiento de D.^a Maria, á fin de derrocar de consuno al gobierno oculto que en su nombre reinaba; pero la reina conjuró el peligro con algunas concesiones insignificantes que sus consejeros íntimos se proponian no mantener mucho tiempo.

El triunfo de D.^a Maria era el de Costa Cabral, quien solo espe-

raba una señal para regresar á su país, y, cosa estraña, que indica hasta qué punto eran superficiales aquellas agitaciones! Cabral fué muy bien recibido: hubiérase dicho que solo contaba con amigos. En vano Bomfim y sus cólegas lo pusieron todo en juego para apartar del poder al odioso rival cuya vuelta lamentaban; ni el rencor de los setembristas, ni la influencia del ministerio, prevalecieron contra el impulso universal que movía á Portugal hácia el ilustre proscrito, y las elecciones generales solo enviaron á la cámara á partidarios de Cabral y de la Carta, al paso que los ministros no obtenían siquiera el modesto honor de ser electores en segundo grado.

Cabral, seamos justos, lejos de embriagarse con una victoria tan completa como inesperada, manifestó deseos de retirarse, ora porque temiese arrostrar los resentimientos á que poco antes sucumbiera, ora porque prefiriese reservarse para mejor ocasion, ora porque plebeyo desdeñado, temiese ofender el orgullo de la aristocracia con la inmediata ocupacion del primer puesto. Rehusó por lo tanto el ministerio, y contento con una supremacia anónima, cedió el poder al viejo general duque de Saldanha, nieto de Pombal, cuyo talento no temia, y cuya nobleza y valor gozaban de aplauso entre la aristocracia y el ejército (enero de 1848).

Esta política de Costa Cabral se evidenció aun mas en el momento en que Saldanha se negó á conservar por mas tiempo una dignidad que le incomodaba. No habiendo podido disuadirle, suplicó alternativamente al duque de Terceira y á Duarte Leiteo que aceptasen en su lugar la presidencia del consejo, y en vista de su obstinada negativa, decidióse á ocuparla por sí mismo. Si nadie la queria, ¿quién podia reconvenirle por ocuparla? Pero trató aun de aplacar la indignacion que podría suscitar su elevacion, aceptando un título feudal de que sin duda se cuidaba muy poco. Ocultar su nombre plebeyo bajo el pomposo título de conde de Thomar, ¿no era una solemne deferencia hácia las ideas de la aristocracia?

Como quiera que sea, el nuevo presidente del consejo se sirvió enérgicamente del poder para reprimir los abusos, completar la reconciliacion entre Portugal y Roma, mejorar el estado de la hacienda, restaurar el comercio y la agricultura, y reanimar la ciudad de Portalegre, para restablecer la constitucion (1844), y

marina. Nunca, por mas que se diga, gozó Portugal de mayor prosperidad desde la gloriosa época en que Pombal se propuso hacer revivir los tiempos antiguos. Si el gobierno de Cabral, rígido, pero ilustrado, se hubiese sostenido solamente diez años, Portugal habria subido desde el abismo en que yace, al primer lugar entre los Estados de segundo orden.

Desgraciadamente no fué así. No bien el conde de Thomar aceptó la presidencia abandonando su nombre plebeyo y emprendiendo una briosa lucha contra la anarquía y los abusos, cuando sus antiguos adversarios, desconcertados durante un momento por la rapidez de su elevacion y por el poderoso impulso que llevó hácia él á toda la nacion, reanudaron sus intrigas y alianzas. Miguelistas irritados por sus reformas, nobles ofendidos por su preponderancia, setembristas airados por lo que llamaban su apostasia, periodistas exasperados por las severidades de su nueva ley de imprenta (1850), todos se pusieron de acuerdo para derribarle otra vez, á pesar del apoyo que la mayoría de las cortes le prestaba.

Faltaba encontrar un gefe, y hallóse en el general Saldanha, descontento y deseoso de vengarse á toda costa.

Salido voluntariamente del ministerio, el duque de Saldanha se habia proclamado en un principio el amigo y leal sostén del conde de Thomar, y hasta habia llegado al extremo de decir *que en política, el conde y él no formaban mas que una sola y misma persona*. Pero la constancia y fidelidad no son las prendas distintivas del noble duque, y aquella efervescencia de la amistad no le impidió echar de menos la autoridad que de buen grado abandonara. Como ni el conde de Thomar ni sus cólegas admitian sus pretensiones, se lanzó á las filas de la oposicion y su primera declaracion de guerra fué un ataque virulento al ministro de la guerra. Ni la cámara, ni los ministros, ni la reina, la tuvieron en cuenta, y D.^a María le respondió que no autorizaba á sus *Criados* á darle consejos escritos, sino cuando ella se los pedia; cruel alusion al empleo de mayordomo mayor de palacio de que el duque disfrutaba. Saldanha, irritado, se puso desde entonces á la disposicion de cuantos quisieron coadyuvar á su venganza.

Otra esperanza no menos seductora para los enemigos de Costa Cabral fué el apoyo declarado de la Inglaterra. Lord Palmerston dirigia entonces en ella los negocios extranjeros, y ningun ministro ha llevado mas léjos el zelo exclusivo por los intereses de su patria. A la primera noticia de las reformas que efectuaba ó meditaba el gobierno portugués, no perdió ni un instante para alentar á sus enemigos, para abrumarle con notas amenazadoras, para recomendar á los representantes de la Gran Bretaña

una estrecha amistad con los setembristas, y hasta para enviar una escuadra con municiones y dinero. En efecto, si Portugal renacia, ¿qué sería de la antigua supremacía de la Inglaterra en aquel país, y por medio de él, en toda la Península? La Inglaterra necesita en Portugal un gobierno siempre inhábil, revoluciones continuas, una hacienda extenuada, un ministerio vasallo, á fin de que no prospere la industria nacional y de que quede impune el contrabando; á fin de que las demás naciones no compitan con la industria inglesa, y de que se enriquezcan los banqueros de Lóndres con el beneficio de multiplicados empréstitos, hasta el día en que Portugal les pertenezca por entero so pretexto de embargo. Si las cosas siguen el mismo curso, este día no está seguramente léjos.

Por desgracia es harto fácil para los revolucionarios portugueses, y para el gobierno británico, el procurarse los instrumentos de estas incurables disensiones. ¿Qué falta al efecto? Algunos discursos incendiarios, algunos personajes ambiciosos, y con especialidad algun dinero repartido por los arrabales de Oporto, entre el populacho de Lisboa, entre soldados mal pagados, y por tanto desobedientes. Rebélense entonces dos regimientos, y todo está concluido, pues los demás se apresuran á hacer causa comun con ellos; el partido victorioso prodiga promesas; los jefes obtienen ascensos; los soldados se entregan impunemente á la orgía, y la nacion deja hacer, ya por melicie, ya por indiferencia, ya por costumbre de obedecer.

A despecho de sus servicios y talentos, esta fué la suerte del conde de Thomar, y por mas que le apoyasen la corte, una parte, del pueblo, la cámara y algunos gobiernos extranjeros, entre ellos los de Francia y de España, sucumbió de nuevo bajo la coalicion formada contra él.

La primera arma con que se le atacó fué la calumnia. El periódico *O Patriota* pretendió, en efecto, que el conde de Thomar se enriquecia con concusiones, que acababa de vender una encomienda del Cristo en cambio de una carretela, y para que la acusacion surtiese mas efecto, la publicó en cuatro idiomas á la vez. El ministro demostró fácilmente lo absurdo de tal aserto; las córtes lo rechazaron, y el duque de Saldanha, que se sirvió de él contra un hombre poco antes su amigo, no recogió mas que vergüenza.

El mal éxito de su tentativa no le desanimó, y mientras se renovaban cada día las injuriosas acusaciones contra las supuestas malversaciones del presidente del consejo, se le vió, á él, gran señor que se jactaba de haber casi inventado la Carta de D. Pedro, aliarse íntimamente con sus antiguos enemigos los setembristas. Verdad es que habia ya cambiado cincuenta y cuatro veces de

opinión, según el mismo *Patriota*, del que ahora era el héroe. ¿Qué le importaban estas incesantes variaciones, estas escandalosas contradicciones, y estas incalificables alianzas? ¿No le era preciso vengarse á todo trance del insolente advenedizo que osaba mandar en Portugal? Saldanha no es, sin embargo, un ambicioso en la acepcion precisa de la palabra. Así que ha subido al poder, lo deja, lo abandona á quien quiere ejercerlo en su nombre, y no tarda en echar de menos los placeres de la vida privada. Pero, nieto del *gran marqués*, parécele que el ministerio es patrimonio suyo, que tiene derecho á él por su nacimiento, como Doña María á la corona de Portugal, y desgraciado del que se atreva á adornarse con él ante sus ojos! Primer ministro, ó jefe de la oposicion, tal es la continua alternativa en que pasa su vida. En suma, no sabe ser ministro, ni dejar de serlo.

Fué tal la indignación que causó la mudanza del general Saldanha, que Doña María le quitó inmediatamente el empleo de mayordomo, y las tropas, que él trató de sublevar, se negaron por primera vez á escuchar su voz, pudiendo creerse que todo estaba concluido y que Saldanha acababa de perderse, queriendo derribar al conde de Thomar, su antagonista.

Pero en Portugal las cosas siguen otro rumbo; el conde de Thomar emprendia de nuevo sus reformas, cuando sus enemigos hallaron una ocasion mas favorable, que les fué proporcionada por la Inglaterra.

Infatigable campeón de los intereses ingleses, lord Palmerston miraba ya con ira la actitud independiente que tomaba el primer ministro de Doña María, las restricciones impuestas al contrabando británico, y la lenta resurreccion de la industria portuguesa. ¿Qué sucedió cuando el conde de Thomar elevó los derechos de importacion, entablándose activas negociaciones entre los gabinetes de Lisboa y Madrid? Tratábase, á lo que se asegura, de la libre navegacion del Duero y del Tajo, y quizás tambien de una union aduanera que derribara las antiguas barreras de ambos reinos, en gran beneficio de la hacienda, de la libertad y del honor portugués y español.

¿Hay nada mas acertado y mas léjítimo? Pero tambien, ¿hay nada mas temible para la Inglaterra? Además de los disgustos que la causaban el Zollverein alemán y el desarrollo de la industria en casi todos los Estados europeos, ¿habria de ver que la Península se escapase á su vez de sus manos, y que Portugal ascendiese nuevamente desde colonia inglesa á reino independiente?

Lord Palmerston tomó su partido; impotente contra la España, donde el general Narvaez realizaba las mismas reformas, no creia deber guardar con Portugal iguales consideraciones, y al

sospechar las intenciones del conde de Thomar, resolvió derribarle en beneficio de la Inglaterra. De aquí una intimidad inmediata y declarada entre los enemigos del ministro y el encargado de negocios de Inglaterra, sir Enrique Seymour, importando muy poco la inconsecuencia de la tal alianza. Miguelistas, setembristas y moderados, todo parecía bueno á lord Palmerston, con tal de que tuviese una revolucion á sus órdenes, y de que el comercio inglés pudiese deponer sus temores; el resultado manifestó la exactitud de sus cálculos. Escudados con el asentimiento de la Inglaterra, los setembristas, los ambiciosos, los periodistas y el populacho se levantaron con nuevo encarnizamiento contra el hábil gobierno que se esforzaba en salvar al país. ¿Acaso no estaban seguros del triunfo?

Faltaba buscar un pretexto, y lord Palmerston dió luego con él. En Madera acababa precisamente de ser preso, por haber insultado el culto católico, un misionero inglés, dentista y pedicuro de profesion. Lord Palmerston se encargó de defenderle, y reclamó una indemnizacion crecida. Esto sucedia casi al mismo tiempo en que amenazaba destruir la ciudad de Atenas por un motivo igualmente frívolo; pero en vano la prensa opositora apoyaba al protegido de lord Palmerston; en vano una escuadra inglesa fondeó delante de Lisboa: el conde de Thomar rechazó enérgicamente tan incalificable tiranía, é informado de los verdaderos designios de la Inglaterra, apelaba, empero, confiadamente á la reina Victoria, á la Europa entera, al mismo pueblo inglés, avergonzado del papel que se le hacia desempeñar.

Sin duda habria salido con bien, cuando la desgracia inesperada del general Narvaez en Madrid, le dió el primer golpe, y aunque el nuevo ministerio español se mostró animado de las mismas intenciones, los setembristas, la prensa y los ingleses no dejaron de manifestar que, completamente hostil al conde de Thomar, celebraría su caída. Al propio tiempo se renovaban contra él las acusaciones de dilapidaciones, de intrigas y de inmoralidad que debian servir para desconcertar á sus amigos.

Pocos dias despues (8 de abril de 1851), el duque de Saldanha, ansioso de venganza, logró sublevar á dos batallones, lo cual es mucho en aquel país; y sin embargo, ¿qué hubiera sucedido si la corte, atendiendo al enérgico dictámen del conde de Thomar, hubiese aprovechado la ocasion para acabar con todas las fracciones, para anonadar á los setembristas, y establecer por fin un gobierno vigoroso? Sus consejos no fueron oidos, y fué tal, por el contrario, la perplejidad del rey Fernando, tal su inaccion y su condescendencia, que la insurreccion se reanimó en sus últimos momentos, es decir, cuando Saldanha, desalentado, iba á buscar un refugio en el territorio de España.

La señal de esta rebelion salió tambien de Oporto, extendiéndose á Coimbra y á Lisboa, en donde encontró por jefe á un hermano del mismo primer ministro, á Silva Cabral. Algunas rencillas personales habian colocado á este personaje entre los adversarios mas encarnizados del conde de Thomar.

Reducido entonces á presentar su dimision, el ministro no obtuvo siquiera el permiso de habitar en el país cuya regeneracion habia soñado, ni de ir á representarle en la corte de Madrid. Saldanha é Inglaterra no estaban aun bastante vengados, y necesitaban una órden de destierro. El conde de Thomar, pues, se alejó con el sentimiento de dejar incompletas sus reformas, y sin los tesoros que, segun sus enemigos, habia acumulado.

En vano la reina intentó atenuar el rudo golpe que acababa de sufrir el trono. Ni los vencedores del conde de Thomar, ni lord Palmerston, ni sir Seymour, poderosamente apoyado por una escuadra inglesa, quisieron librarla de ninguna de las amarguras de su derrota, y se le intimó que derogase solemnemente los actos del ministerio caido, que devolviese el empleo de mayordomo á Saldanha, y que le aceptase tambien como á primer ministro, en lugar del duque de Terceira, á quien ella habria querido por sucesor del conde de Thomar. ¿Qué hacer contra la fuerza triunfante? Doña Maria cedió, y á los pocos dias Saldanha entró en Lisboa entre las flores y los gritos de entusiasmo que aquella voluble poblacion prodiga á todos los vencedores. ¿Quien triunfaba entonces? La Inglaterra.

Actual estado de Portugal.

Son tan recientes los acontecimientos que siguieron, que no intentaremos referirlos. Observemos solamente que la nueva revolucion no ha producido muy buenos resultados. El progreso interrumpido, el trono menoscabado, las cortes divididas, la prensa desencadenada, el poder en manos inhábiles ó malévolas, la insurreccion apenas contenida, la hacienda mas apurada que nunca, Inglaterra victoriosa, tales son, hasta ahora, las consecuencias mas palpables de la caída del conde de Thomar.

Así gira incesantemente Portugal de revolucion en revolucion hácia el abismo en que parece próximo á desaparecer. La primera data de 1820, y desde aquel año, absolutistas, cartistas, constitucionales y setembristas no cesan de coaligarse, combatirse y derribarse alternativamente, sin que la hora de las reformas venga despues de las turbulencias.

¿Porqué no se trata de fundar el reinado de una libertad moderada, tras de la cual vendria sin duda el progreso? Pero no, pues, además de que la masa de la nacion portuguesa no comprende las instituciones liberales de que la Inglaterra y la América se muestran tan zelosas, parece que los mismos jefes de los diversos partidos se sirven de estas teorías como de un ins-

trumento y de un camino. Constitucionales, cartistas ó setembristas ardientes mientras aspiran al poder, no bien lo han alcanzado olvidan sus doctrinas, y suspiran por gobernar soberanamente. De aquí los estraños cambios de opinion que notamos en los hombres mas importantes de Portugal, en Costa Cabral, en Palmella, en Saldanha, que tal vez no ha llegado aun á su postrera metamórfosis. No sucederia así, si en toda cuestion de gobierno se tratase menos de tal ó cual nombre propio, que de tal ó cual forma de constitucion.

El poder pertenece hoy al general duque de Saldanha, y por mas deplorable que sea el origen de su dominacion, importa ver en adelante el uso que hará de ella. ¿Dará por fin á su patria un poco de paz y de prosperidad, ó se ha apoderado de la autoridad solo para disfrutarla, para servir á la Inglaterra, y para matar de un mismo golpe la libertad, la monarquía y las reformas?

Las reformas! Tal es, en efecto, la primera necesidad de Portugal, y al lado de ellas, nos atrevemos á decir que los mismos intereses de la libertad son muy poca cosa, ó nada, pues á donde quiera que dirijamos la vista, solo vemos miseria, decadencia y abyeccion. No hablamos aquí de la profunda ignorancia (1), de aquel desdichado pueblo; solo queremos ocuparnos del lugar que sus recursos materiales le asignan todavia en Europa. Cómo está su hacienda (2)? Cómo su ejército? Cómo su marina (3)?

(1) Si así acontece, no debe atribuirse á que el gobierno portugués no haga grandes esfuerzos en pro de la instruccion pública. Presupuesto anual de 368 contos de reis, consejo superior, 21 liceos, academias, museos, conservatorios, todo se halla organizado, sin hablar de la antigua universidad de Coimbra, de la academia politécnica de Oporto, de las escuelas de pintura, escultura, escritura, paisage, arquitectura, etc. Pero ¿que importa este lujo de enseñanza, si las clases elevadas apenas la aprovechan; si el pueblo huye de la instruccion; si la enseñanza primaria, la sola que podría ilustrar á las masas, decae en todas partes, á despecho de una buena escuela normal, de algunas escuelas de enseñanza mútua, de infinitas escuelas ordinarias, y de un enjambre de unos 1200 preceptores? En vano el artículo 145 de la Constitucion ha garantido la enseñanza primaria gratuita. La preocupacion nacional y la costumbre prevalecen contra esta ley, y el gobierno no es bastante fuerte para imponer su cumplimiento.

(2) Mientras que los gastos anuales de Portugal exceden de 75 millones de francos, los ingresos ascienden apenas á 62. ¿Cómo, pues, llenar este déficit regular? nuevas contribuciones, descuentos arbitrarios sobre los sueldos, disminucion de pensiones, enagenaciones, anticipos, impuestos locales, empréstitos forzosos, papel moneda, todo se ha ensayado en vano con aquel objeto. El conde de Thomar habia conseguido minorar un poco el mal, y derramar alguna luz sobre el caos de la hacienda portuguesa. ¿Qué se han hecho sus reformas? La revolucion setembrista ha agravado mucho el daño. Entre todos los gastos, el mas enorme es el de la deuda pública, que dividida y subdividida en 27 clases de créditos directos ó indirectos, en deuda interior y exterior, asciende á la suma de 3650 contos de reis (cada conto de reis equivale á unos 24,000 reales). El presupuesto destina á esta obligacion la mayor parte de los derechos de las cuatro principales aduanas, el impuesto sobre la pesca, y las contribuciones directas que se cobran en Lisboa y Oporto. La amortizacion, cuya accion es lenta á causa de este desorden, cuenta con el producto de los bienes nacionales, con algunos créditos particulares, y con la redencion de antiguas cargas etc.

A esta confusion, agreguemos la complicada máquina de la centralizacion administrativa, semejante en un todo á la de Francia, lo cual ocasiona dobles gastos, sin provecho para la nacion, ni para la seguridad de la hacienda nacional.

(3) El estado mayor portugués consta de un capitán general superior, de dos capitanes generales, de unos cincuenta tenientes generales y matuscales de campo, sin contar los que habrá creado la última revolucion. El número de los oficiales ordinarios es infinito, gracias á las guerras civiles.

El ejército, con exclusion de los dos mil hombres de la guardia municipal que, dividida entre Lisboa y Oporto, depende del ministerio del interior, se eleva á

Cómo su industria, su agricultura (1), su comercio y sus colonias? Es tal en estos puntos el estado de Portugal, que tal vez pereceria en el interior sin la activa explotación de la industria inglesa, y que en el exterior no puede desempeñar el menor papel por insignificante que sea. Há poco que se trataba de derrocar á la república romana y de restablecer al Papa en la silla de San Pedro. ¿Quién no hubiera creído entonces que Su Majestad Fidelísima se apresuraria á defender una causa tan sagrada? Pero en vano lo deseaba; no ha podido hacerlo, y mientras las demás potencias católicas ofrecían el auxilio de su espada al Gefe comun de la cristiandad, Portugal se ha visto reducido á no ofrecerle mas que plegarias; ¡cruel declaracion de impotencia despues de tan maravillosa pujanza!

Terminemos haciendo sinceros votos por la regeneracion de Portugal. A mas de que el pueblo portugués la merece, la Francia debe apeteerla, no solo en nombre de la amistad que ha de reinar entre las naciones, sino tambien en pro de sus mas caros intereses. Portugal es uno de nuestros aliados naturales, y su prosperidad importa mucho á nuestro poderio.

CONCLUSION.

Muerte de D.^a Maria de la Gloria.—D. Pedro V.

Dueño del poder, Saldanha hubo de pensar en recompensar á las dos fracciones que le habian apoyado (abril de 1851); pero como eran incompatibles con sus principios, creyó contentar á entrambas con decir á la primera: *Viva la carta reformada!* y conceder empleos á la segunda. Esto no satisfizo á ninguna de las dos, y el duque, reanimadas sus antiguas simpatías, solicitó la alianza de los cartistas, separándose del otro bando. El caballero Magalhaens, notabilidad del partido monárquico, fué llama-

dos 24,000 hombres; de suerte que para cada general, hay menos de 400 soldados. La marina portuguesa hace tambien poco honor al país. Un navio, una fragata, tres bergantines, cuatro corbetas y cuatro vapores, tripulados por unos 2,000 marineros, hé aqui todo lo que posee la antigua patria de Albuquerque, la antigua reina de los mares.

Las colonias portuguesas son ya onerosas para la metrópoli. En vano se componen todavia de las islas del Cabo Verde, de Santo Tomás, de Angola, de Mozambique y de Sofala, en Africa; de Diu, de Solor, de Goa, de Macao, y de Damaon, en Asia; y de Timor, en la Oceania; en vano los gobernadores de Goa han conservado el título de víreyes; en vano los reyes de Portugal continúan titulándose señores de la Guinea y de la conquista, navegacion y comercio de Etiopia, Arabia, Persia y la India, etc., aquellas colonias no son mas que un triste recuerdo de grandeza y gloria.

(1) La industria y la agricultura no se hallan en mejor estado, y lo que de ellas queda es del dominio de la Inglaterra, á causa de los aranceles de importacion, de los defectos de las aduanas, de la venalidad de los agentes públicos, del contrabando y de la falta absoluta de comunicaciones. No hay caminos seguros ni carreteras. Sabida es la liberalidad con que la naturaleza dota á Portugal de excelentes viñedos, y sin embargo, el vino cuesta tan caro en Lisboa como en Paris, y el que se embarca en Oporto vale ordinariamente diez ó doce réis el litro. Así es que cada año se agrava la penuria de aquel desventurado país, cuyas exportaciones se elevan á unos trece millones de francos, y las importaciones á mas de cincuenta. Thomar se habia propuesto remediar este mal con la creacion de un nuevo sistema de caminos que condujeran hasta el mar los productos de país, pero la nueva revolucion habra sin duda acrecentado las dificultades que la escasez del erario oponia á aquel gran pensamiento.